

3. CONFUNDIENDO GUERRA CIVIL CON GUERRA EN LA STASIS GRIEGA

Confusing civil war with war in Greek stasis

RICHARD FERNANDO BUXTON GONZÁLEZ
Colorado College
Rbuxton@coloradocollege.edu

RESUMEN

¿Porqué y hasta qué punto equiparaban los griegos el conflicto dentro de la polis (*stasis*) con las guerras entre las polis, ya que estos dos, a cambio del caso romano con *bellum civile*, no compartían un sustantivo? La historiografía nos ofrece una suerte de escena típica de *stasis* que pone énfasis en las intervenciones militares desde el exterior y la violencia urbana. Este primer factor vinculaba de forma continua la *stasis* con las guerras externas mientras que el segundo era también habitual en el conflicto irregular entre las polis y podía conducir a enfrentamientos a la misma escala que una batalla formal.

Palabras clave: *stasis*; *historiografía griega clásica*; *Tucídides*; *Córcira*; *bellum civile*.

ABSTRACT

Why and to what degree did Greeks understand intra-polis conflicts (*staseis*) as overlapping with inter-polis wars given that unlike with Roman *bellum civile* the two shared no common noun? A survey of *stasis* in historiography reveals a formulaic presentation emphasizing military interventions from outside and urban violence. The former continually linked *stasis* to external wars while the latter was not uncommon in irregular inter-polis conflict and could escalate to the scale of a formal battle.

Keywords: *stasis*; *Classical Greek historiography*; *Thucydides*; *Corcyra*; *bellum civile*.

I. ALGUNOS TÓPICOS DE LA STASIS EN LA HISTORIOGRAFÍA

En su epístola al rey espartano Arquidamo III, el orador ateniense Isócrates lamenta que la Grecia del siglo IV a.C. se encuentre «llena de *polemos*, *staseis*, matanzas y males innumerables» (*Ep.* 9.8, cf. 4.167).¹ Traza así este autor al igual que muchos de sus coetáneos una profunda conexión entre *polemos*, o guerra formal entre las polis griegas, y *staseis*, los conflictos internos en cada polis que se aproximan a lo que hoy denominaríamos como guerra civil. Este trabajo pretende, primero, perfilar cómo se caracterizaba la *stasis* en nuestras fuentes,

¹ Los autores griegos se citan empleando las abreviaturas del léxico de Liddell-Scott-Jones (Oxford 1996).

resaltando la estabilidad de sus elementos principales y en qué medida esa coherencia se debió al desarrollo de una *typische Szene* para este tipo de conflicto en la historiografía clásica (siglos V-IV a.C.). A la vez, ofrecerá un breve repaso de las tres principales causas de la *stasis*: competencia entre élites, desigualdad económica y la intervención de potencias externas que buscaban ventaja en sus guerras perennes para lograr la hegemonía panhelénica. Veremos que esta última fue clave en el suministro de pretextos y recursos para el enfrentamiento local. A partir de estas bases se podrá pasar a nuestro tema principal, los varios y en algunos casos infravalorados factores que hicieron tan intuitivo emparejar guerra y *stasis* en el imaginario griego. Aquí debemos tener en cuenta la falta de un sustantivo común entre estos dos fenómenos a cambio de la todavía vigente idea romana de *bellum civile* (es decir, de guerra civil). No obstante, tales factores fueron capaces de superar la gran diferencia a efectos prácticos entre las repentinas revueltas urbanas que caracterizaban la revolución política dentro de la polis y los enfrentamientos formales y campestres de infantería hoplítica que definían el combate en la Grecia clásica.

Aunque la *stasis* es tratada en la filosofía, en particular a lo largo del cuarto y quinto libro de la *Política* de Aristóteles, y sirve además como importante tema de fondo en algunas obras líricas, dramáticas y retóricas, es la historiografía donde deja su mayor huella y la más multiforme. No sólo es la *stasis* un elemento recurrente dentro de la historiografía de la Grecia clásica, sino que, como veremos, en cada uno de los historiadores de la época cuya obra se conserva o íntegra o epitomada de manera lo suficientemente fiable destacan episodios que giran en torno a brotes violentos del conflicto interno. Éstos van mucho más allá de los extendidos relatos de las revoluciones oligárquicas en Atenas del 411 (Th. 8.47-97 *passim*) y 404 (X. *HG* 2.3.1-2.4.43) que serían claves en cualquier crónica de la guerra del Peloponeso. Cobra así la *stasis* un protagonismo en este género poco inferior al de la batalla campal con sus típicas arengas preliminares o de los debates asamblearios donde embajadores de diferentes polis ofrecen discursos dedicados a exponer de manera sistemática contrapuestas políticas.

Ya en Heródoto encontramos la revuelta popular ateniense del 507 que acorrala en la acrópolis el arconte Iságoras y la pequeña fuerza espartana con que había tomado el poder, abriendo así camino para que vuelva su rival Clístenes y consolide la democracia (5.70-72). Uno de los más grandes legados de Tucídides, en cambio, es su minuciosa descripción del ciclo vicioso de golpes y contragolpes de Estado en el 427 llevados a cabo por los demócratas y oligarcas de Cócira con la respectiva colaboración de sus aliados atenienses y espartanos (3.70-81). En una famosísima reflexión (3.82-85) estos enfrentamientos sirven para el historiador como modelo de cómo se extendió la *stasis* por toda Grecia durante la guerra del Peloponeso y del colapso moral al que puede llegar la naturaleza humana. Jenofonte por su parte deja constancia de forma episódica en sus *Helénicas* de la instauración por Esparta de una oligarquía en lo que llama la «pequeña polis» de Fliunte (5.2.8-10, 5.3.10-17 y 5.3.21-25). Trata con esmero particular su fiera resistencia a numerosos asaltos llevados a cabo por parte de exiliados demócratas, reforzados éstos por varias polis que, a cambio de Fliunte, se habían levantado contra Esparta después de la debacle de Leuctra (7.2). También debemos señalar el breve pero impactante excursu que hace Diodoro Sículo, adaptando aquí sin duda la perdida obra de Éforo de Cime, sobre el *skytalismo* (algo así como «la porrada») en Argos.

En él unos demagogos instan a la población a condenar a 1.200 aristócratas a ser aporreados antes de acabar víctimas ellos mismos de la insaciable furia popular (15.57-58, en el 370/69).

A primera vista, poco parecen tener en común estos episodios historiográficos, cuyos *staseis* van desde el levantamiento popular autóctono a la insurrección fomentada por una u otra de las grandes potencias griegas como parte de su estrategia bélica. Merece sin embargo recurrir a la aportación de Lisa Irene Hau quien, esquivando temas de veracidad histórica, ha subrayado que la historiografía griega cobra coherencia como género literario a base de partir de una agrupación particular de escenas y tópicos formularios (Hau, 2014: 242-252).² Ésto se ve sobretodo al notar cuáles de los detalles indudablemente presentes en ciertas circunstancias habituales recogen rigurosamente o descartan sin más los historiadores. Así, verbigracia, las batallas campales inevitablemente formarían parte de cualquier historiografía con enfoque político-militar. Aun así, la atención rutinaria que se presta a la disposición de las tropas antes de iniciarse el combate o el tópico de enfocar alguna muerte heroica para aportar dramatismo contrasta con la ausencia casi total de aspectos también relevantes como serían la disposición de presos o el cuidado de los heridos, los cuales quedan más o menos fuera del plano.

Como era quizá inevitable, la fuerte tendencia de orientar las obras historiográficas en torno a las grandes guerras donde se disputaba la hegemonía de las polis griegas, fuesen del Egeo o en Sicilia, dictaba que las *staseis* figurasen en ellas casi exclusivamente en la medida que afectaban la política de las grandes potencias o formaban parte de ella. Para Tucídides, por ejemplo, es axiomático que las *staseis* que consumieron «a casi toda Grecia» a partir de la de Córcira surgieron porque «hubo discordias en todas partes que permitieron a los líderes populares introducir a los atenienses, y a los oligarcas a los espartanos» (3.82.1).³ En un contexto donde Esparta veía la creciente influencia de Atenas con cada vez mayores sospechas (Th. 1.23.6, cf. 1.88), pero sin ser capaz de frenar o confrontarla directamente dado su carácter naval, se pusieron las dos a reforzarse de manera indirecta. Clave aquí fue aumentar el número de polis aliadas a través de intervenir en sus *staseis*, suministrando fuerzas o fondos a cualquier bando dispuesto a imponer el modelo constitucional del que se fiaba cada una. Siguiendo la misma lógica, Diodoro y Jenofonte ponen de relieve cómo en los años antes de Leuctra la creciente debilidad de la hegemonía espartana dio lugar a una ola de revoluciones democráticas en las muchas polis donde los espartanos habían impuesto gobiernos afines (D.S. 15.40.1-2, X. HG 5.4.46), con la insigne excepción de Fliunte.

Cuando cambian de rumbo los historiadores y prestan atención a los conflictos de escala regional, ya que el desenlace de éstos también afectaba el balance de aliados entre las grandes polis, insisten de nuevo en tratar la *stasis* sólo cuando ésta implique otra potencia que se

² Trabaja así en la misma línea que White (1973) y su influyente idea del «emplotment», o la inevitable imposición por la historiografía de una estructura narrativa a los hechos. Dentro del estudio de los historiadores grecorromanos esta idea ha encontrado su mayor expresión en Woodman (1988) con su énfasis en el papel decisivo de la *inventio* retórica (es decir, la aplicación de un repertorio de tópicos para tratar las situaciones típicas) a la hora de plasmar los hechos.

³ ὕστερόν γε καὶ πᾶν ὡς εἰπεῖν τὸ Ἑλληνικὸν ἐκινήθη, διαφορῶν οὐσῶν ἑκάσταχοῦ τοῖς τε τῶν δῆμων προστάταις τοὺς Ἀθηναίους ἐπάγεσθαι καὶ τοῖς ὀλίγοις τοὺς Λακεδαιμονίους.

interpone. Un buen ejemplo nos deja Jenofonte con los demócratas de Élide que ven en la invasión de su territorio por un ejército de la Liga Arcadia ocasión para arrebatar el poder, aliándose con el invasor. Después de que los dos toman y rápidamente pierden control de la acrópolis, el ejército arcadio ayuda a los demócratas a apoderarse de una ciudad vecina y más tarde intenta de nuevo instalarlos en Élide. Sin embargo, fracasa en este segundo intento porque el partido oligarca se había hecho amigo mientras tanto de la liga rival de los aqueos, estos últimos enviándole tropas para reforzar su control de la polis (X. *HG* 7.4.15-17, en el 365). Incluso ya para la época arcaica nos muestra Heródoto cómo la frecuente intervención militar de Esparta en Atenas no hacía más que extender una política regional que procuraba evitar tiranías en las polis de su entorno (Hdt. 5.92a, cf. Th. 1.122.3).

El vocablo *stasis*, se debe señalar, se refiere concretamente al tomar endurecidas (es decir, *estáticas*) posturas de enfrentamiento en una cuestión política hasta tal punto de suponer una fractura en la unanimidad de la comunidad que pone en duda su capacidad para la acción colectiva. Dentro de estos límites cabrían lógicamente algo así como fases de guerra fría en los conflictos internos. Sin embargo, la historiografía se limita a los momentos en que estas disputas estallan en enfrentamientos violentos que pretenden conducir a cambios de régimen. Además, el género muestra poco interés en explorar temas como la organización interna de cada facción o los detalles de su programa constitucional.⁴ Incluso en la detalladísima crónica tucidídica de la revolución oligárquica en Atenas del 411, donde sí se tratan algunos de estos asuntos, hay sólo atisbos de las *sunōmosiai* y *hetaireiai*, clubes secretos entre la élite donde se urdía la política revolucionaria (8.48.2-3, 8.49, 8.54.4, 8.69.2, 8.81.2; cf. 6.27.3, 6.60.1).

Lo más normal es que el historiador abra telón *in medias res*, con frecuencia cuando la presencia de una pasajera escuadra inspire a los líderes de un bando a pedir su respaldo para tomar el poder, como pasa varias veces en Córcira (Th. 3.72.2, 3.81) y también después de que los arcadios topen con unos desterrados demócratas fliuncios (X. *HG* 7.2.5). También es muy común comenzar con la exigencia por parte de una facción de que una polis intervenga a su favor, como hacen con Esparta unos oligarcas fugados de Fliunte (ibid. 5.3.10-12) y el ateniense Iságoras (Hdt. 5.70). En cuanto a motivo, como mucho se hace referencia a reveses judiciales debidos a procesos manipulados por los enemigos políticos, muchas veces vinculados a la repatriación de exiliados, lo cual vemos de nuevo en los casos de Córcira (Th. 3.70.3-5, 3.82.8) y Fliunte (X. *HG* 5.3.10-12). También forman éstos un pretexto para el fracasado golpe oligárquico que da lugar como represalia a las cargas falsas que llevan al *skytalismo* (D.S. 15.58.1 y 3).

Una consecuencia del enfoque que ponen los historiadores en los momentos en que irrumpe la violencia durante las *staseis* es que el espacio público de la urbe goza de un protagonismo poco habitual en la historiografía. Ésto se ve en particular con las acrópolis a

⁴ Ríos de tinta han corrido sobre la aparente contradicción entre la acepción de *stasis* como condición estática en otros campos y su aplicación a lo que más bien parece el antónimo mundo de revuelta o revolución política. Destacan Caserta (2004-2005), Radici Colace y Sergi (2000) y Loraux (1997: 102-106). Pero a los griegos no pareció presentarles inconvenientes y fácilmente se intercambiaba el término con otros semejantes, como de forma vista ya en Th. 3.82.1 en el caso de *diafora* (cf. X. *HG* 7.4.15).

las que los bandos a menudo dejan entrar a un ejército forastero a altas horas de la noche para facilitarles imponer desde allí su control sobre la polis.⁵ También muchas veces hay una escena complementaria donde un levantamiento popular a favor del régimen vigente se muestra capaz de expulsar de la acrópolis a los invasores, o directamente por la fuerza (oligarquía Fliuncia: X. HG 7.2.7-9) u obligando al enemigo a negociar su salida para evitar el asedio (democracia Ateniese: Hdt. 5.72.2-4). Plasman así estos autores una imagen de la unidad ciudadana contra los golpistas.⁶ Muy parecido es la narración vivaz del contraataque que montan los vencidos demócratas corcirienses después de haber sido arrinconados en su alcázar, culminando inversamente con el acorralamiento de sus contrarios en el ágora (Th. 3.72.3-74).

Los espacios o actos públicos, como eran los festivales religiosos, las asambleas deliberativas o la mera ágora, también son escenarios habituales de la *stasis*. Facilitaban éstos la tarea a los golpistas al reunir en un solo lugar y con sus defensas bajas a buena parte del liderazgo donde fuera vulnerable al asesinato en una manera que escenificase ante gran parte de la polis el compromiso y habilidad de los conspiradores, a la vez aterrorizando a los seguidores del régimen decapitado. Célebre ejemplo nos llega entre los fragmentos de las *Helénicas de Oxirrinco*. Aquí el demagogo rodio Dorímaco, con la vista buena de una escuadra Ateniese y rodeado de otros conspiradores armados, se asoma a la tribuna del ágora e incita a la muchedumbre a apuñalar a los miembros de la aristocracia de los Diagoreos que se encontraban reunidos en una sala vecina (18 Chambers).⁷ Bordea así la escena otro tópico que es la introducción en la *boulé* («senado») de una pandilla armada con fin de intimidar a los asistentes y hacer que aprueben cambios constitucionales o condenen a muerte a algún líder opositor (Córcira: Th. 3.70.6-71; 8.69.4 en la Atenas del 411, X. HG 2.3.23 y 50-51 y D.S. 14.4.6 en el del 404).

No es de sorprender que los lugares y situaciones aquí enumerados figurasen en relatos centrados en la *stasis*. En su manual contemporáneo sobre cómo una polis puede prepararse para resistir la invasión y asedio, una importantísima piedra de toque para averiguar la verosimilitud historiográfica en torno al conflicto interno (Hansen, 2005: 124), Eneas el Táctico también insiste en la necesidad de evitar que bandos dentro de la ciudad admitan clandestinamente a un enemigo externo para hacerse así con el poder (1.6, 5.1, 22.19-20; precisamente lo que temen los demócratas fliuncios en X. HG 5.2.9). Pero por otro lado llama la atención la casi total au-

⁵ Rosivach (2008: 127) y Lonis (1996: 247) hacen hincapié en la importancia simbólica de controlar la acrópolis, que es según ellos mayor a su sobrestimado valor estratégico.

⁶ Heródoto engalana el episodio con una analepsis profética y cuenta con él para sustentar su interpretación de las primeras y sorprendentes victorias militares de la democracia ateniense como fruto de la capacidad motivacional que otorga la libertad política (5.78). Jenofonte por su parte remata los acontecimientos en Fliunte con lenguaje efrástico en tanto que «allí podía verse» a los triunfantes fliuncios abrazándose «con sonrisas lloronas», probable alusión esta última a la *Iliada* 6.484: ἐνθα δὴ θεάσασθαι παρῆν ἐπὶ τῆς σωτηρίας τοὺς μὲν ἄνδρας δεξιουμένους ἀλλήλους, ... πάντα δὲ τοὺς παρόντας τότε γε τῷ ὄντι κλαυσίγελως εἶχεν (7.2.9).

⁷ Simonton (2015) ofrece un lucido análisis del cuidado dispositivo de los revolucionarios y su hábil explotación del espacio público. Alguna puesta en escena similar en Éforo quizá se vislumbra detrás de la versión epitomada del *skytalismo* que nos deja Diodoro.

sencia de los ámbitos domésticos y la dimensión individual que juegan un papel importantísimo cuando la *stasis* irrumpe en otros géneros, como es en la retórica forense el día a día y forma de organizar contragolpes de los exiliados (Isoc. 19.23 y 38) o las desesperadas maquinaciones de los proscritos ante la rapaz invasión de sus hogares (Lys. 12.6-17). Del mismo modo apenas se ve el ya señalado mundo de la *hetaireia* en que se mueven abiertamente Alceo y Teognis, poetas líricos de época arcaica que se dirigen a colegas con quienes habían afrontado varias *staseis*.

Algo parecido sucede con el frecuente enfoque que ponen los historiadores en la *stasis* como escenario para insignes actos de impiedad, lo cual subraya incluso el agnóstico Tucídides en su reflexión sobre Córcira (3.82.6 y 8, 3.84.2).⁸ Ésto se manifiesta a menudo en el abuso de las fiestas religiosas al que ya se ha aludido, como cuando los demócratas corintios en el 393 masacran a los líderes de la creciente oposición reunidos en el ágora para la fiesta de Ártemis Lucea (X. HG 4.4.2: *to pantōn anosiōtaton*, «el acto más impío de todos»; cf. D.S. 14.86.1). De la misma índole es que una facción viole un alto de fuego que ha jurado con sus rivales tan pronto como estos, confiando en el acuerdo, bajen sus defensas (Th. 3.83.7). De nuevo encontramos corroboración en Eneas, quien alerta que «los que aspiran a la revolución actúan con especial frecuencia durante las fiestas y ocasiones de este tipo» (22.17, cf. 10.4-5).⁹

Pero si Tucídides en su reflexión sobre Córcira insiste en una fuerte conexión entre la *stasis* y los actos inmorales e impíos como también harían otros autores, tampoco representa esto una conexión necesaria o inevitable. Desde otro género pudo Platón incluso llegar a unas conclusiones totalmente contrarias, sosteniendo que los combatientes en una *stasis* solían portarse mejor que en las guerras porque no les convenía dañar un territorio compartido y sabían que tarde o temprano habrían de reconciliarse (R. 470d-e). Determinante, en el caso de Tucídides, parece haber sido la novedad que en un primer momento, según él, presupuso el nivel de violencia alcanzado por el conflicto corciriense (Th. 3.82.1), introduciendo así una potente combinación que luego se iría convirtiendo en tópico de la historiografía.¹⁰

Quizá nos encontramos además ante una oscura reconfiguración del interés que mostraba el género en manos de Heródoto hacia *thaumata*, los hechos y objetos fantásticos. Dentro de este contexto podemos entender el *skytalismos* como ejemplo destacado de un fenómeno ya de por sí tratado como locus espeluznante donde «hubo *stasis* y homicidio en mayor cantidad de la que se había visto jamás entre los otros griegos» (D.S. 15.57.3; cf. Plb. 4.17.4-5).¹¹ Es un caso curioso donde el valor del incidente como *thauma* tucidídico desplaza por completo el interés habitual de la historiografía en vincular la *stasis* a algún contexto panhelénico. Esto

⁸ Loraux (1995: 300-319) traza la larga asociación en la historiografía entre *stasis* e impiedad, pero lo sitúa como parte de un preexistente imaginario griego.

⁹ *περὶ γὰρ τὰς ἑορτῶν καὶ τοῦς τοιοῦτους καιροῦς μάλιστα οἱ βουλόμενοί τι νεωτερίζειν ἐγχειροῦσιν.*

¹⁰ Pownall (2019: 80) aboga por la clara influencia de la Córcira tucidídica en los relatos detallados de *staseis* a lo largo de las *Helénicas* de Jenofonte. Me limito aquí a señalar que todos los tópicos que he expuesto en este apartado se encuentran reunidos en la trabajada versión que da este autor de la toma en el 382 de la Cadmea, acrópolis tebana (HG 5.2.25-31).

¹¹ Hornblower (1995: 56) ve una clara alusión a Tucídides y Córcira en la presentación del *skytalismos*. Priestly (2014: 61-68) trata el tema de *thaumata* en Tucídides.

llama la atención dado que la revuelta popular de los argivos estaba claramente condicionada por el triunfo de la democracia entre sus vecinos arcadios que desató la derrota espartana en la batalla de Leuctra el año anterior (Stylianou, 1998: 414).

Nos situamos entonces ante un claro sesgo genérico, aunque del tipo que exagera el significado de ciertos elementos de la *stasis* en vez de manipularlos. Lo mismo se podría decir en cuanto al énfasis que ponen los historiadores en cómo el conflicto externo condicionaba al interno, ocasionando, como hemos visto, el fomento de unas divisiones que sin embargo ya estaban presentes dentro de la polis. A veces éstas se arraigaban más en una lucha de clases entre ricos y pobres, como insiste Platón (R. 422e-423a, 551d) y refleja la poesía del reformador ateniense Solón, mientras que en otras ocasiones no eran sino el resultado de *hetairiai* dentro de la élite disputando el monopolio del poder mediante «desvaríos de homicidios vengativos» (A. *Eum.* 982: *antifonous atas*).

Por su parte, la historiografía admite ambas bases (Lintott, 1982: 239-240; Austin, 1994: 529). En su reflexión sobre Córira Tucídides incluso llega a sintetizar estas dos corrientes (3.82.8), apuntando a la frecuente instrumentalización de conceptos como la igualdad política (la cual tacha de un *onoma euprepes* o «bonito eslogan» para hechizar a la muchedumbre) por los que sólo buscaban aumentar su poder personal en función de una codicia y ambición desmesuradas (*dia pleonexian kai philotimian*). Del mismo modo el intento que hace Aristóteles de tratar de forma sistemática las causas de la *stasis* en su *Política* acaba en una compleja esquematización donde factores socioeconómicos y competitivos confluyen, alentados con frecuencia por las potencias externas afines (1307b19-25).

Resumiendo, podríamos decir que los historiadores utilizaban la etiqueta *stasis* para enfrentamientos de todo tipo entre ciudadanos donde se había llegado a emplear la violencia para imponer una nueva forma de gobierno. Esta violencia podía expresarse en un golpe de Estado a manos de la élite (Atenas en el 508 a manos de Iságoras), una revuelta popular incitada por los demagogos en algún espacio público (el *skytalismo*, Dorímaco en Rodas) o espontánea (Atenas en el 507), una batalla urbana entre facciones (Córira), o un contragolpe por parte de exiliados asentados en el territorio o alcázar de su polis (Fliunte). Pero como muestran los complejos casos de Córira y Fliunte, una *stasis* a largo plazo era capaz de tomar varias de estas formas y nunca se supo de antemano qué nivel de conflicto desataría un intento revolucionario o si abriría camino a un contragolpe, haciendo aún más útil tener un concepto como la *stasis* para fijar un marco general que encajara la variedad de posibles desenlaces.

Vemos que la historiografía escoge dónde poner su énfasis, pero de manera consonante con una realidad en la que las *staseis* en sus muchas formas casi siempre se desarrollaban con referencia a la política de otras polis y sus enfrentamientos bélicos. Queda, sin embargo, aclarar hasta qué punto estos dos fenómenos, más allá de formar meros conflictos anejos, ocasionaban enfrentamientos violentos de escala y perfil similares.

II. LAS *STASEIS* Y LAS GUERRAS

En su estudio reciente sobre la evolución histórica de la idea de guerra civil, el historiador David Armitage rechaza que la *stasis* sea propiamente ejemplo de este fenómeno, el cual para él sólo se inaugura en Roma con sus guerras civiles (*bella civilia*) del último siglo a.C. (Armitage, 2017: 35-45). Según Armitage, la recurrente caracterización del conflicto interno helénico como *emphyl(i)os* («de la misma tribu»: Hdt. 8.3.1, Sol. fr. 4.19 West, A. *Eum.* 863, Democr. 259, Plb. 6.46.7; cf. Thgn. 51, Pl. *Mx.* 244a, *R.* 470c) delata una conceptualización fundamentalmente étnica que carece del enfoque político señalado por la paradójica asignación en el sintagma *bellum civile* de los propios ciudadanos (*cives*) como el enemigo. Esta esquematización se basa en la terminología figurativa de tipo antropológico en que se centra el influyente análisis estructuralista realizado por Nicole Loraux sobre el discurso griego en torno a la *stasis*, del cual Armitage toma pautas (en particular de Loraux, 1997). Pero lo hace a coste de ignorar el explícito contexto político en que este lenguaje se empleaba. Lo que siempre se jugaba en la *stasis* al fin y al cabo era precisamente determinar qué parte de la ciudadanía acapararía acceso al poder político-judicial (*metechein tēs politeias*, Arist. *Pol.* 1301a38, cf. Pl. *R.* 521a).¹² Debe también notarse que la metáfora del fratricidio, una forma extrema del conflicto *emphyl(i)os*, se ha visto empleado para las guerras civiles propiamente dichas desde que Lucano comparó la lucha entre Julio César y Pompeyo Magno al duelo entre Rómulo y Remo (1.95-97). Aun en éstas, apenas no subyace alguna *völkische* idea en la ideología de uno o todos los bandos.

Más solvente parece Armitage cuando señala, siguiendo a Apiano (1.55), que la gran innovación romana era añadir al conflicto interno el desvío de grandes ejércitos contra el pueblo mismo, alejándose así con creces de la violencia altamente informal típica de las *staseis* que se contenían dentro de los confines urbanos (Armitage, 2017: 43-44).¹³ No obstante, esta diferencia en la escala, esfera y modo de violencia entre guerra y *stasis* no impidió que ya en época clásica se pudiese figurar esta última tanto como una exagerada forma de violencia interpersonal caracterizada por «homicidios» (Hdt. 3.82.3, A. *Eum.* 976-987, Thgn. 51, D.S. 14.86.1 y 15.57.3) y «matanzas» (Sol. Fr. 4.19 West, Th. 1.23.2, Isoc. *Ep.* 9.8) como una guerra reducida a escala local («*Ares emphyl(i)os*» en la evocadora frase de Esquilo, *Eum.* 862-863; cf. el *polemos* de tipo *oikeios... kai endon* «doméstica e interna» en el ya citado Pl. *R.* 521a, cf. E. *Heracl.* 419). A su vez tanto historiadores como filósofos llegaron

¹² Así Austin (1994: 531) subraya que la *stasis* era privilegio exclusivo del ciudadano. Con Armitage se puede comparar el corto capítulo que ha dedicado el filósofo Giorgio Agamben a la *stasis* clásica en Agamben (2015), también partiendo de Loraux. Para él este término señala un momento liminar donde el mundo doméstico, que ha sido superado pero no negado por el colectivo de la polis (a través de una paradójica inclusión en función de ser un elemento intencionadamente excluido), cobra protagonismo dentro de la política. Este protagonismo se debe, hemos de suponer, a la violencia de carácter tribal y extrajudicial (o sea doméstica y pre-judicial) que marca la *stasis*. A pesar de todo esto, la meta en emprender una *stasis* para cualquier bando era siempre una reincorporación *política* a su gusto particular y con pretensiones de perdurabilidad, por mucho que el sintagma *stasis emphyl(i)os* reconociera una fisura constitutiva e indeleble de la polis a nivel metafísico, si nada más por ser teóricamente este tipo de conflicto siempre renovable.

¹³ Aun así, Apiano y otros autores griegos de época romana refieren a *bellum civile* como *stasis*.

incluso a conceptualizar las guerras panhelénicas del quinto y cuarto siglo a.C. como formas de *stasis* entre todos los griegos (Pl. *R.* 470b-471a, X. *HG* 1.5.9)¹⁴, explotando así la dimensión étnica del concepto, aunque sólo a base de contar con una patente semejanza entre los dos tipos de enfrentamiento.¹⁵

Del mismo modo era también frecuente contrastar la guerra como un ejercicio sano de la violencia para avanzar los intereses de la polis con la *stasis* (o Ares *emphyl(i)os*) como una perversión de esta primera al reorientarse la energía marcial hacia el interior (de nuevo Hdt. 8.3.1, A. *Eum.* 859-866, Democr. 259). Como resume la *Suda* en su acepción de *stasis*, «ésta es el *emphyl(i)os* mientras que *polemos* tiene que ver con los extranjeros», un contraste que de nuevo presupone algún punto en común entre los dos fenómenos más allá de la violencia tal cual, ya que semejante binario nunca se desarrolló entre la *stasis* y la violencia interpersonal.¹⁶ Cabe entonces preguntar, si la *stasis* no llegaba al nivel de guerra formal, ¿por qué caló tan hondamente entre los griegos su emparejamiento?

A primera vista puede parecernos obvio asociar la guerra con la *stasis*. Ya al comienzo de la primera obra de la literatura griega aparece como tema las consecuencias nefastas de volver las capacidades bélicas de una comunidad en contra de sí misma en vez de dirigirlas hacia otras comunidades enemigas. En el proemio de la *Iliada* encontramos ante la sorpresa de que la «destructora cólera» (*mēnin ... ouloumenēn*, 1.1-2) de Aquiles resulta serlo no en contra de los esperados troyanos sino en contra de los propios aqueos y que la epopeya se centra en cómo se salvan estos últimos sólo al convencer al guerrero para que vuelva al combate y reenfoque su bilis en el enemigo. También Hesíodo trata al principio de *Los trabajos y los días* las dos formas de *Eris* («Discordia»), la primera una maldición que conduce a la guerra y las querellas, pero la segunda un don que estimula mejor y mayor producción artesanal a través de la competencia (11-29). A la vez figuran en el lenguaje poético con frecuencia la guerra, la *stasis*, la *eris* y el homicidio juntos con la plaga y la sequía en las listas de los desastres que suelen afligir a las ciudades (Pi. *Paen.* 9.13-20, A. *Supp.* 559-566 y *Pers.* 715, S. *OT* 1233-1235). Pero lo que hace Aquiles es quitarse de en medio en vez de «combatir» activamente contra los suyos y la competencia hesiódica entre alfareros o poetas carece de dimensión política, si bien el yuxtaponer *stasis* y guerra se desarrolla en el marco conceptual de las dos *Erides* (Thalmann, 2004: 382, 391-2). Lo que vemos, en fin, son fenómenos que desempeñan una función paralela a la de la guerra en cuanto a su capacidad destructiva, pero que fuera de la *stasis* nunca llegan a ser vistos como una corrupción de ésta.

¹⁴ Para Loraux (1986) y Price (2001) la conceptualización de la guerra del Peloponeso como *stasis* es una idea fundamental en la obra de Tucídides, analogía que sostengo fue explotada también por su sucesor historiográfico Jenofonte en sus *Helénicas*, donde relata las siguientes guerras panhelénicas (Buxton, 2017).

¹⁵ Platón (ibid.), por ejemplo, alega que la destrucción de cosechas e instalaciones agrícolas, que se condenaba cuando ocurría entre dos bandos durante una *stasis*, también debe de evitarse en casos de *polemos* donde el ejército de una polis griega invade el territorio de otra. Quizá en el caso de *stasis* se refiere el autor a estragos hechos por exiliados asentados en una fortaleza situada entre los campos de su polis, como en el caso de los demócratas fliuncios y su base en Tricárano (X. *HG* 7.4.11).

¹⁶ στάσις: ὁ ἐμφύλιος, πόλεμος δὲ ὁ τῶν ἀλλοτρίων.

Si recurrimos a la respuesta obvia de que los conflictos internos y externos se asemejan por conllevar los dos el combate abierto, corremos de nuevo el riesgo de una anacrónica confusión entre *stasis* y el mundo de los enfrentados ejércitos formales pertenecientes a una misma comunidad que introdujo Roma con *bellum civile*.¹⁷ Por el contrario, la gran autoridad actual en cuestiones de la *stasis* Hans-Joachim Gehrke y su homólogo en la investigación de la guerra Hans van Wees coinciden en subrayar el carácter fundamentalmente informal de esta primera. Según ellos, solía tomar forma de golpes de Estado u otros tipos de conspiración que se limitaban a pequeños bandos de la élite con poca participación o influencia del pueblo (*demos*), aparte de algún levantamiento popular como el ateniense en contra de Iságoras (Gehrke, 1985: 339-353; Van Wees, 2002: 78-82).¹⁸ Estos golpes, más parecidos a las «matanzas» y los «asesinatos» también asociados a las *staseis*, los hemos visto ya en los casos de Iságoras contra Clístenes, Rodas y el *skytalismos*.

Pero en los casos de las reñidas peleas para controlar las acrópolis en Córkira, Fliunte y Élide nos encontramos ante un escenario muy parecido al de la batalla convencional, donde los historiadores empiezan incluso a emplear términos en la descripción de estas luchas que corresponden más bien al *polemos*. Tucídides, por ejemplo, toma la frase hecha *machomenoi enikēsan* («luchando triunfaron», 3.72.2) de los epitafios, oración anual con que la polis conmemoraba a esos que habían perdido la vida luchando por ella, y lo aplica al éxito de los oligarcas corcirienses en obligar a los demócratas a replegarse al alcázar (Loraux, 1986: 139). Del mismo modo Jenofonte crea un claro contraste entre los exiliados fliuncios que ocupan la acrópolis y sus conciudadanos que se encontraban dentro de la ciudad e intentan retomar la fortaleza, llamando a estos últimos los *politai* («ciudadanos») a secas, pero a los primeros *polemioi*, un vocablo derivado de *polemos* y que propiamente sólo se usa para referirse al enemigo extranjero (HG 7.2.7-9).¹⁹ Llama más la atención esto por ocurrir justo *antes* de que lleguen a reforzar a los exiliados sus aliados arcadios, verdaderos *polemioi*.

Tampoco parecen ser éstas unas peleas callejeras entre pequeños bandos luchando a la vista de un pueblo en su gran mayoría pasivo, sino movilizaciones comparables a las que se levantaban para las expediciones militares. En Córkira sin ir más allá los demócratas contaban con un número de tropas mayor que el bando opositor, el cual incluía ya 800 mercenarios sumidos a su componente ciudadano (Th. 3.73-74.1), mientras que en Fliunte, ciudad de sólo 5.000 hombres (X. HG 5.3.16), se vence a unos exiliados acompañados de 600 tropas

¹⁷ Agradezco a Esteban Moreno Resano haberme llamado la atención sobre este punto.

¹⁸ Coinciden con esta posición las cifras que nos llegan de los bandos que hemos citado en el primer apartado, tanto los oligárquicos (Atenas: 300 en el bando de Iságoras, Hdt. 5.72.1; Córkira: algo más de 400, Th. 3.75.5; Rodas: se asesinan a once líderes de la oligarquía, *Hell. Oxy.* 18.2 Chambers; Argos: un delator identifica a treinta personas al mando del desbaratado golpe de Estado, D.S. 15.58.2) como los democráticos (Atenas: 700 familias proscritas por Iságoras, Hdt. 5.72.1; Córkira: sesenta en el núcleo duro de los demócratas bajo Pitias son asesinados, Th. 3.70.6; Fliunte: 300 en el núcleo duro de Delfión capaz de controlar la polis durante el asedio espartano, X. HG 5.3.22; Élide: 300 demócratas se fugan al exilio tras ser expulsados de la acrópolis, X. HG 7.4.16).

¹⁹ Lonis (1996: 245-246). Aunque Jenofonte claramente manipula los términos para favorecer a la oligarquía, su confianza en poder sin más sobreponer esta oposición tomada del mundo del *polemos* a la de la *stasis* muestra que se confluían con facilidad los dos ámbitos.

y sus aliados arcadios (ibid. 7.2.5). Además, el estallido de la batalla a gran escala no forma parte de la novedad que atribuye Tucídides a la *stasis* de Córcira, ya que lo que le detiene allí es la aspereza, recurrencia y amparo bipartido desde el exterior que marcó éste y los siguientes conflictos sociales, pero no la manera en que se libraron (3.82.1). Ya Alceo en su poesía de casi dos siglos antes quiere que el dios de la guerra Ares le haga tomar armas contra el tirano Pítaco, aunque por el momento sea mejor olvidarse de lo que clasifica en vez de *stasis* como la *mache* (o «batalla») *emphylos* (70.7-11).²⁰ Si es verdad que la mayoría de las *staseis* no llegaron más allá de los golpes de Estado, la mera posibilidad de que pudiesen desencadenar algo parecido a un *polemos* intramuros habría influido en los cálculos de cualquier golpista como algo ante lo cual tuviese que medir sus posibles apoyos. Llegó así a fijarse el *polemos* intramuros en el imaginario del conflicto interno como forma límite de éste.

Aún puede parecernos el combate urbano de las *staseis* lo bastante alejado de esos canónicos y casi rituales enfrentamientos de hoplitas tan destacados en la historiografía clásica para impedir que se hubiera desarrollado una estrecha identificación entre ellos. Es cierto además que los historiadores subrayan particularidades de la topografía urbana que aportaban, de manera también vista por Aristóteles (*Pol.* 1321a14-21), una importante ventaja a la muchedumbre democrática. Ésta era capaz de aprovecharse de los techos y las colinas para incrementar con su altura la eficacia de proyectiles improvisados y así restar ventaja del armamento superior de sus mejor dotados enemigos, como en el célebre momento de la *stasis* corciriense cuando las mujeres se ponen a lanzar tejas a los oligarcas (*Th.* 3.74.1, cf. *X. HG* 2.4.15).

Pero ya toda una generación de investigadores, encabezada por Hans van Wees, ha puesto en tela de juicio la centralidad de la batalla campal donde dominaba la figura del ciudadano propietario capaz de proveerse con armas hoplíticas. Al contrario, replantean este protagonismo en la historiografía clásica como una expresión no de la realidad militar sino de los prejuicios elitistas de nuestras fuentes (cf. Shipley, 1993; Van Wees, 2004: 62-65; Hornblower, 2007). A la vez han sacado a la luz cómo los asedios, las intrigas, el combate irregular y los mercenarios eran fenómenos ya bien asentados en la Grecia clásica por mucho que Demóstenes y otros los tacharan de novedades nocivas procedentes de Filipo II y Macedonia (*D.* 9.47-50, cf. *Hdt.* 7.9b). Respalda a este reenfoque la obra de Eneas el Táctico, quien, como hemos visto, avisa que la *stasis* puede agravar el problema de proteger una polis amenazada por algún ejército invasor, dado que elementos opositores buscarán aliarse con estos extranjeros y admitirlos en secreto a la ciudad. Pero es este procedimiento para él sólo una de las varias estrategias que pueden adoptar los invasores para lograr colarse clandestinamente en el casco urbano (cf. 22.15-16).

De muchísima relevancia aquí es el caso de Élide, de donde se expulsa el ejército arcadio después de un enfrentamiento feroz en su ágora (*X. HG* 7.4.14). Resulta que esta incursión de los arcadios viene justo *antes* de la ya citada alianza que se forja entre el bando demócrata elio y éstos. Al verano siguiente los elios victoriosos, cuando intentan sacar a los arcadios de la vecina Olimpia, pierden una batalla urbana muy ajustada que cuenta con millares de

²⁰ Con ἐπὶ τεύχεα en vez de ἐπιτύχε..[en el verso octavo, la lectura de Schmidt corroborada por la nueva examinación del papiro de Spelman (2015: 357 n. 26).

combatientes (ibid. 7.4.29) cuando una parte del enemigo se asoma a los muchos techos que ofrecían los pórticos, senado y templos del recinto sagrado y hace llover proyectiles sobre ellos (ibid. 7.4.31). No es entonces sólo que la batalla urbana, típica de las *staseis*, invitase a uno a compararla con las que caracterizaban la guerra formal entre polis por el simple hecho de ser también una forma del combate. Al contrario, este tipo de enfrentamiento intramuros ya de por sí contaba como un subtipo infravalorado de batalla dentro de tales guerras. Reforzaba esta conexión además la perenne presencia de tropas forasteras y mercenarios en los enfrentamientos urbanos, fuesen incursiones, *staseis* o las dos cosas a la vez.

Si la *stasis* ya en época arcaica parece haber admitido formas de violencia semejantes a las de las guerras y las más de las veces el conflicto local se consideraba una extensión de ellas, la polarización política en el Egeo a lo largo del siglo V a.C. entre bloques atenienses y espartanos reforzó más aun el emparejamiento de estos dos tipos de conflicto. Se produjo hasta una «internacionalización» de la dimensión socioeconómica de la *stasis*. Como se ha visto, hubo una fácil identificación entre los intereses de Atenas, las democracias griegas y el *demos* (entendido como vulgo), enfrentados los tres a unas élites cuyos valores y modo de vida engendraban un alto nivel de simpatía hacia Esparta, incluso dentro de la misma Atenas. La realidad, como siempre, fue muchísimo más compleja con, por ejemplo, la democracia siracusana alineándose con sus parientes dóricos en el Peloponeso frente a la famosa invasión ateniense de Sicilia del 415 (Th. 7.55.2, cf. [X.] *Ath.* 3.11) y Tebas llegando después de Leuctra a sustituir Atenas como foco democrático (Austin, 1994: 533-534). Pero tanto la *República de los atenienses* de Pseudo Jenofonte (1.14, 3.10) como Tucídides (3.47.2) dejan constancia de una fuerte tendencia entre los autores griegos a pensar que los *demoi*, por lo menos del Egeo, veían en el protectorado ateniense una defensa contra los abusos de sus élites autóctonos.²¹

En el caso de la *República* su desconocido autor, un feroz crítico de la democracia que nos proporciona si no un análisis del todo fiable sí un intento explícito de obrar dentro del *communis opinio* oligarca, dice directamente que los atenienses «optan por la clase baja en las polis sumidas en la *stasis*». Llega incluso a alegar que «a los nobles les quitan los derechos y los roban la propiedad y los exilian y los matan», un lenguaje que evoca el trato típico de los bandos vencidos en las *staseis*.²² Nos encontramos así no sólo con el caso de que la guerra panhelénica aportara pretextos para que los varios bandos en cada polis montasen revoluciones, sino que la manera de entender el conflicto local como una oposición entre ricos y pobres valía también para analizar el enfrentamiento entre Esparta y Atenas. En esta esquematización la conexión entre guerra y *stasis* ya no tenía su raíz en el hecho de que esta segunda reprodujera los términos de la primera. Al contrario, era la guerra ahora una *stasis*

²¹ Estoy de acuerdo con Gray (2007: 57-58) en datar la *República de los atenienses* entre la década del 440 y el 413.

²² δοκοῦσι δὲ Ἀθηναῖοι καὶ τοῦτό μοι οὐκ ὀρθῶς βουλευέσθαι, ὅτι τοὺς χεῖρους αἰροῦνται ἐν ταῖς πόλεσι ταῖς στασιαζούσαις (3.10). διὰ ταῦτα οὖν τοὺς μὲν χρηστοὺς ἀτιμοῦσι καὶ χρήματα ἀφαιροῦνται καὶ ἐξελαύνονται καὶ ἀποκτείνουσι, τοὺς δὲ πονηροὺς αὔξουσιν (1.14).

entre clases a escala global, o por lo menos un conflicto capaz de ser entendido así de manera bastante intuitiva y bien difundida.²³

III. ¿POR QUÉ CONFUNDIR GUERRA Y *STASIS*?

La crispación entre Esparta y Atenas a lo largo de la pentecontecia ocasionada por sus incompatibles intereses en el exterior y sus modelos constitucionales facilitó que Tucídides pudiera plantear la resultante guerra del Peloponeso como una *stasis* entre los griegos del Egeo. Como hemos visto, los dos tipos de conflicto enfrentaban demócratas con oligarcas. Pero el hecho de sobreponer y confundir los dos con el fin de desmentir que la guerra del Peloponeso fuera algo más que un conflicto intestino de carácter autodestructivo parece ser una aportación original de este pesimista historiador.

Sin embargo, lo erigió no sólo sobre una semejanza puramente formal entre los dos niveles de conflicto, sino también aludiendo a la hábil y bien difundida explotación de esta conexión por los líderes de las varias facciones locales tanto en el ámbito doméstico como con sus patrones en Atenas o Esparta. Tucídides así insiste en que era una práctica habitual del liderazgo de cada bando blanquear las revueltas con consignas oligárquicas o democráticas mientras perseguían venganzas e intereses puramente personales (8.82.8: *hoi en tais polesei prostantes*, todos sirviéndose de «bonitos eslóganes» como ya se ha visto). Nos encontramos entonces ante una estrategia de apelar no a los vínculos locales o a beneficios particulares sino a ideologías ampliamente compartidas a lo largo del mundo griego con el fin de fomentar esa identificación entre una clase entera dentro de la polis y el bloque político encabezado por una de las grandes potencias que tan bien se ve en la anónima *República de los atenienses*.

Salvar las distancias entre causa local y panhelénica parece haber tenido dos objetivos concretos. El primero era facilitar apoyos frente al delicado tema de introducir tropas extranjeras dentro de la polis dado la amenaza que esto suponía para la autonomía local. Vemos en el caso de Corinto, donde después de la masacre del 393 se instaló una democracia fuertemente ligada a la de Argos, que la cuasi-fusión que resultó entre las dos polis era un foco de descontento para la oposición. Pero mientras que éstos veían esa falta de autonomía

²³ Aunque la escuela realista de los estudios de Relaciones Internacionales se inspira en el análisis de Tucídides (Monten, 2006: 4-5), suele ignorar la atención que presta este autor a las divisiones internas de las potencias hegemónicas. Es en la rival escuela liberal, donde encontramos una semejante sensibilidad hacia la necesidad de ver los estados-actores dentro de las relaciones internacionales como entes complejos que encajan elementos conflictivos, en vez de seres con una voluntad uniforme compitiendo para lograr la hegemonía sólo entre sí. De relevancia particular es la teoría dentro de la tendencia pluralista de la Interdependencia Compleja (Keohane y Nye, 2012). Ésta presupone, además de la diplomacia oficial entre estados, un importantísimo papel para los vínculos personales entre sus élites («canales tras-gubernamentales») y estructuras transnacionales como sería en el caso griego la ideología solidaria entre los *demoi*. La importancia de estos otros «canales» es aún mayor cuando se trata no del Estado nación moderno sino de la polis, donde el proceso de diferenciar una moralidad para regular la conducta entre las polis de la moralidad interpersonal estaba sólo en una primera fase de desarrollo (Low, 2007: 129-74).

como algo «insoportable» (*abiōton*, X. HG 4.4.6), no parece haber molestado al *demos*.²⁴ En segundo lugar, encontramos que la identificación entre la causa local y la panhelénica se empleaba como herramienta por parte de los líderes locales cuando visitaban Atenas o Esparta en busca de auxilio, permitiéndoles encajar eficazmente su causa con los intereses de la potencia hegemónica. Unos oligarcas rodios, por ejemplo, en el 391 hacen entender a los espartanos que abandonar a los «adinerados» (*hoi plousiōteroi*) de Rodas al *demos* sería ya de por sí entregar la ciudad a Atenas (X. HG 4.8.20).²⁵

El apelar a la solidaridad de clase habría sido particularmente útil para asegurarse el apoyo pasivo de un sector de la población suficiente para sostener a medio y largo plazo el control del régimen. Este sector llegaría más allá de los varios centenares que, como hemos visto, formaban el núcleo duro que lanzaba las *staseis*. Los del núcleo, sin duda, venían sobretodo de ese estrato de la élite con ocio suficiente para permitirse la actividad política, como sería el caso de los que promovían la democracia como forma eficaz de arrebatarse el poder y los bienes de sus rivales (Arist. 1305a37-40, cf. el *skytalismos*). Así, por ejemplo, el mismo grupo de 300 que había impuesto una revolución democrática en Samos en el 411 no duda en cambiar de bando e intentar montar una oligarquía cuando es informado de que sus aliados en Atenas están organizando allí un cambio constitucional análogo (Thuc. 8.73.2). Por un lado, cultivar el *demos* prometía la colaboración de un número superior de ciudadanos, mientras que los mayores recursos a disposición de la clase alta compensaban a los que optaban por la oligarquía (Arist. 1296b14-24).

Pero si la dominante interpretación contemporánea de la *stasis* como un conflicto social entre clases y constituciones facilitó a Tucídides entretejer *polemos* con *stasis* al nivel descriptivo, su valoración negativa de la guerra del Peloponeso precisamente por parecerse a una *stasis* procede por su parte de un discurso paralelo arraigado en otra forma de conceptualizar este conflicto. Tachar a los griegos por estar metidos en una *stasis* colectiva presuponía, aunque sólo de forma implícita y sin desarrollar, una alternativa de política bélica en común. Tal concepto parece encontrar una articulación mayor en la *República* de Platón (470b-471a, ya citada) cuando Sócrates, al comparar las actuales guerras entre los griegos a una *stasis* dañadora y doméstica (*oikeion*), propone en su lugar que ellos reorienten su saña hacia los bárbaros, un enemigo externo (*allotrion*).

El contraste interétnico al que el filósofo adapta el binario entre guerra y *stasis* se remonta claramente a las guerras médicas, que dotaron al mundo griego de una novedosa concepción del *polemos* como empresa a nivel panhelénico contra el imperio persa. La amenaza colectiva a las polis del Egeo y la imposibilidad de montar una defensa sin colaborar un importante número de las principales potencias y sus satélites forjó por primera vez una idea palpable

²⁴ Hansen (2005: 126) cree que se sobrestima el peso que tenía la autonomía para los griegos por mucho que presumieran de ella y que en la *stasis* la identificación entre clases y modelos constitucionales supraestatales tuvo con frecuencia mayor influencia.

²⁵ Recordemos que Tucídides insiste en que son los «líderes de los *demos*» (*hoi tōn dēmōn prostatai*) y no los *demos* de forma colectiva los que buscaban oportunidades para invitar intervenir a los atenienses en sus *staseis* (3.82.1, citado en el primer apartado).

de Grecia como comunidad capaz de acción colectiva.²⁶ Más allá de un autor particular, la frágil alianza de entonces entre atenienses y peloponesios se convirtió en un referente esencial para la ideología del panhelenismo que se iba extendiendo a lo largo de los siglos V-IV a.C., en particular a través de la obra de Isócrates y los programas de ambiciosos políticos como Jasón de Feras o Filipo II (Perlman, 1976: 25–30). La meta central de este proyecto era organizar una invasión de parte del imperio persa que suministrara unidad a las polis griegas. Pero también ayudaría a conservar esa unidad a medio plazo el destinar parte del territorio anexionado a esos griegos pobres y exiliados que ejercían de mercenarios y cuya presencia dentro de Grecia alentaba los conflictos entre polis y dentro de ellas (Fuks, 1972: 37–39, Mathieu, 1966: 59–61).

Heródoto ya había abierto el camino a Platón para este uso metafórico de la *stasis*. Al avalar la decisión de los atenienses en el 481 de no insistir en liderar las fuerzas navales para así preservar la alianza contra la armada persa, añade, «pues la *stasis emphylos* es peor que la guerra unánime en la misma medida que es la guerra peor que la paz» (8.3.1, cf. Thgn. 781).²⁷ Es importante subrayar que el historiador aquí prescinde de cualquier idea de conflicto constitucional o de clase y en su lugar evoca esa otra interpretación que hemos visto de la *stasis*, más antigua pero todavía relevante, como una nociva rivalidad para preeminencia entre pares de quienes se esperaba una colaboración constructiva. Es decir, las polis no se figuran aquí como bandos contrarios luchando para imponer su modelo constitucional, sino como miembros de un grupo élite en que la competencia para obtener el primer puesto de honor amenaza con desbordarse y arrastrar la comunidad hacia el conflicto abierto (cf. X. *Mem.* 2.6.20).

Curiosamente, la frase que utiliza Heródoto para elevar la guerra sobre la *stasis* (8.3.1) apunta por su forma y vocabulario poéticos a un refrán de época arcaica que habría adaptado el historiador a un novedoso escenario panhelénico.²⁸ Lo que facilitó este nuevo uso es la distinción que hace el refrán entre la violencia colectiva que emplea una comunidad para defender o beneficiarse, una meta presente desde los primitivos robos de ganado de que presumen los héroes homéricos (*Il.* 11.670-89) hasta la ambición de colonizar el territorio persa, y la que arranca dentro de la comunidad, debilitándola.

Cuando Heródoto señala cómo los atenienses del 481 casi desataron una *stasis* entre los griegos, es posible que estuviera haciendo uno de sus varios guiños prolépticos (y tucidídicos) hacia la situación actual a comienzos de la guerra del Peloponeso en que se encontraba el autor

²⁶ Walbank (1951: 52) quien ya advertía que esta concepción de Grecia como una comunidad era controvertida, inestable e incompleta (pues excluía a Sicilia sin ir más allá). Sin embargo, como muestra Raaflaub (2004: 58-88) las guerras médicas jugaron un importantísimo papel en el desarrollo de una fuerte idea común entre los griegos de la libertad como valor fundamental que utilizó primero Atenas y luego, en su contra, Esparta para justificar sus proyectos de hegemonía.

²⁷ *στάσις γὰρ ἔμφυλος πολέμου ὁμοφρονέοντος τοσοῦτω κάκιον ἐστὶ ὄσω πόλεμος εἰρήνης.*

²⁸ Verrall (1903: 98-99) subraya el atípico vocabulario poético del refrán y lo reformula con unos pequeños ajustes en dos hexámetros que él supone el historiador citaba de memoria.

mientras redactaba su obra.²⁹ Sería así otro ejemplo de cómo este conflicto ayudó a extender la conexión entre *polemos* y *stasis* gracias a un ambiente donde la *stasis* ya apenas se limitaba a un contexto puramente local. El mundo de la guerra, tanto sus personajes habituales, fuesen aliados o mercenarios, como sus escenarios típicos de incursión urbana y toma de acrópolis, irrumpía constantemente en la *stasis*. Esto no podía hacer otra cosa que facilitar una perspectiva predispuesta a ver cada una (guerra y *stasis*) como una extensión de la otra. Esta conexión entre guerra (*polemos*) y *stasis* era algo parecida al que desarrollarían más tarde los romanos entre guerra (*bellum*) y guerra civil (*bellum civile*). Sin embargo, la comparación romana se basaba en una analogía entre dos tipos de conflicto de semejante tamaño, conducta y organización militar, pero independientes el uno del otro. Los griegos, en cambio, quisieron vincular dos esferas de conflicto que con enorme frecuencia resultaban contiguas.

IV. EDICIONES DE TEXTOS CLÁSICOS CITADAS

ADLER, Ada (1935); *Suidae Lexicon*, volumen IV. Teubner. Leipzig.

GRAY, Vivienne J. (2007); *Xenophon: On Government*. Cambridge University Press. Cambridge.

MARCHANT, Edgar C. (1922); *Xenophontis Opera Omnia*, segunda edición, volumen I. Clarendon Press, Oxford.

OLDFATHER, William A. (1923); *Aeneas Tacticus, Asclepiodotus, Onasander*. Harvard University Press. Cambridge, MA.

STUART JONES, Henry y POWELL, J. Enoch (1942); *Thucydidis Historiae*, segunda edición, volumen I. Clarendon Press, Oxford.

VOGEL, Friedrich (1893); *Diodori Bibliotheca Historica*, volumen III. Teubner. Leipzig.

WILSON, Nigel G. (2015); *Herodoti Historiae*, volumen II. Clarendon Press. Oxford.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio (2015); *Stasis: la guerra civile come paradigma politico*. Bollati Boringhieri. Torino.

ARMITAGE, David (2017); *Civil Wars: A History in Ideas*. Alfred A. Knopf. Nueva York.

AUSTIN, Michael M. (1994); *Society and Economy*. En LEWIS, David M., BOARDMAN, John, HORN-BLOWER, Simon y OSTWALD, Martin (coord.), *The Cambridge Ancient History*, segunda edición, Vol. VI, pp. 527-564. Cambridge University Press. Cambridge.

BUXTON, Richard F. (2017); *Modeling Hegemony through Stasis: Xenophon on Sparta at Thebes and Phlius*. *Illinois Classical Studies* 42, pp. 21-40.

CASERTA, Cristiana (2004-2005); *Osservazioni sull'etimologia di stasis*. *Hormos* 6-7, pp. 69-88.

FUKS, Alexander (1972); *Isokrates and the Social-Economic Situation in Greece*. *Ancient Society* 3, pp. 17-44.

²⁹ Strasburger (1955) aporta la influyente tesis de un Heródoto que incluye alusiones irónicas a la política ateniense de la pentecontecia que había conducido a la guerra con Esparta.

- GEHRKE, Hans-Joachim (1985); *Stasis: Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.* C.H. Beck. Múnich.
- GRAY, Vivienne J. (2007); *Xenophon: On Government*. Cambridge University Press. Cambridge.
- HANSEN, Mogens H. (2005); *Stasis as an Essential Aspect of the Polis*. En HANSEN, Mogens H. y NIELSEN, Thomas H. (coord.), *An Inventory of Archaic and Classical Poleis*, pp. 124-129. Oxford University Press. Oxford.
- HAU, Lisa I. (2014); *Stock Situations, Topoi and the Greekness of Greek Historiography*. En CAIRNS, Douglas y SCODEL, Ruth (coord.), *Defining Greek Narrative*, pp. 241-259. Edinburg University Press. Edimburgo.
- HORNBLOWER, Simon (1995); *The Fourth-Century and Hellenistic Reception of Thucydides*. *The Journal of Hellenic Studies* 115, pp. 46-68.
- HORNBLOWER, Simon (2007); *Warfare in Ancient Literature: The Paradox of War*. En SABIN, Philip, VAN WEES, Hans y WHITBY, Michael (coord.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*, Vol. 1, pp. 22-53. Cambridge University Press. Cambridge.
- KEOHANE, Robert y NYE Jr., Joseph (2012); *Power and Interdependence*, cuarta edición. Longman. Boston.
- LINTOTT, Andrew W. (1982); *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City*. John Hopkins University Press. Baltimore.
- LONIS, Raoul (1996); *Poliorcétique et stasis dans la première moitié du IVe siècle av. J.-C.* En CARLIER, Pierre (coord.), *Le IVe siècle av. J.-C.: approches historiographiques*, pp. 241-257. Editions De Boccard. París.
- LORAUX, Nicole (1986); *Thucydide et la sédition dans les mots*. *Quaderni di storia* 23, pp. 95-134.
- LORAUX, Nicole (1995); *La guerre civile grecque et la représentation anthropologique du monde à l'envers*. *Revue de l'histoire des religions* 212, pp. 299-326.
- LORAUX, Nicole (1997); *La cité divisée: L'oubli dans la mémoire d'Athènes*. Éditions Payot & Rivages. París.
- LOW, Polly (2007); *Interstate Relations in Classical Greece: Morality and Power*. Cambridge University Press. Cambridge.
- MATHIEU, Georges (1966); *Les idées politiques d'Isocrate*, segunda edición. Les Belles Lettre. París.
- MONTEN, Jonathan (2006); *Thucydides and Modern Realism*. *International Studies Quarterly* 50, pp. 3-25.
- PERLMAN, Shalom (1976); *Panhellenism, the Polis and Imperialism*. *Historia* 25, pp. 1-30.
- POWNALL, Frances (2019); *Violence and Civil Strife in Xenophon's Hellenica*. En KAPellos, Aggelos (coord.), *Xenophon on Violence*, pp. 67-81. De Gruyter. Berlín.
- PRICE, Jonathan J. (2001); *Thucydides and Internal War*. Cambridge University Press. Cambridge.
- PRIESTLY, Jessica (2014); *Herodotus and Hellenistic Culture*. Oxford University Press. Oxford.
- RAAFLAUB, Karl (2004); *The Discovery of Freedom in Ancient Greece*, edición revisada. University of Chicago Press. Chicago.
- RADICI COLACE, Paola y SERGI, Emilia (2000); *STASIS nel lessico politico greco*. *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa, Classe di Lettere e Filosofia*, Ser. 4ª 5, pp. 223-236.
- ROSIVACH, Vincent J. (2008); *Why Seize the Acropolis?*, *Historia* 57, pp. 125-133.
- SHIPLEY, Graham (1993); *The Limits of War*. En RICH, John W. y SHIPLEY, Graham (coord.), *War and Society in the Greek World*, pp. 1-24. Routledge. Londres.

- SIMONTON, Matthew S. (2015); *The Cry from the Herald's Stone: The Revolutionary Logic Behind the Rhodian Democratic Uprising of 395 B.C.E.* *Transactions of the American Philological Association* 145, pp. 281-324.
- SPELMAN, Henry (2015); *Alcaeus 140.* *Classical Philology* 110, pp. 353-360.
- STRASBURGER, Hermann (1955); *Herodot und das perikleische Athen.* *Historia* 4, pp. 1-25.
- STYLIANOU, Panaghiotis J. (1998); *A Historical Commentary on Diodorus Siculus Book 15.* Clarendon Press. Oxford.
- THALMANN, William G. (2004); «The Most Divinely Approved and Political Discord»: Thinking about Conflict in the Developing Polis. *Classical Antiquity* 23, pp. 359-399.
- VAN WEES, Hans (2002); *Tyrants, Oligarchs and Citizen Militias.* En CHANIOTIS, Angelos y DUCREY, Pierre (coord.), *Army and Power in the Ancient World*, pp. 61-83. Franz Steiner Verlag. Stuttgart.
- VAN WEES, Hans (2004); *Greek Warfare: Myths and Realities.* Duckworth. Londres.
- VERRALL, Arthur W. (1903); *Two Unpublished Inscriptions from Herodotus.* *The Classical Review* 17, pp. 98-102.
- WALBANK, Frank W. (1951); *The Problem of Greek Nationality.* *Phoenix* 5, pp. 41-60.
- WHITE, Hayden V. (1973); *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe.* John Hopkins University Press. Baltimore.
- WOODMAN, Anthony J. (1988); *Rhetoric in Classical Historiography: Four Studies.* Croom Helm. Londres.